

Las virtudes teologales y la vida consagrada

Alberto Mestre, L.C.

Profesor estable de la Facultad de Teología del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum; profesor del Instituto Superior de Ciencias Religiosas; Coordinador del departamento para la atención a la vida religiosa.

«Es Él, Cristo, quien nos da las virtudes en esta vida; Él, que en lugar de todas las virtudes, necesarias en este valle de lágrimas, nos dará una sola virtud, Él mismo» (San Agustín, *Enarraciones in Psalmos*, 83)

Introducción

San Ireneo de Lyon afirmaba que «la gloria de Dios es que el hombre viva». El verbo vivir tiene muchas connotaciones, pero las primeras que vienen a la mente son de vitalidad, dinamismo, color, acción, y en el ser humano hay muchos aspectos que se privilegian: la realización, la plenitud, la madurez, y todo esto en gran armonía. Cada persona, así como cada bautizado, y de modo particular, cada persona consagrada, está llamada a esta profunda armonía, a esta plena vida interior. El arquitecto principal es Cristo, quien lleva a cabo este magnífico edificio del hombre vivo en Cristo, a través del Espíritu Santo.



Virtud y vida (ábside de la Basílica de San Clemente en Roma)

El arte paleocristiano tiene muchas representaciones de esta vida que procede de Dios, del Cristo vivo, del Espíritu Santo vivificante; por ejemplo, hay un mosaico antiguo encontrado en el ábside de la basílica romana de San Clemente que representa el triunfo del Crucifijo y, por lo tanto, ofrece, al mismo tiempo, una representación evocadora del misterio de la vida cristiana.

La cruz de Cristo es el árbol de la vida, que en su propia difusión extiende ramas con espléndidos giros y da frutos con extraordinaria fecundidad en la historia de la Iglesia. Doce palomas aparecen en la cruz/árbol, símbolo de los doce Apóstoles. De las raíces de la cruz/árbol brotan, como un manantial, cuatro arroyos de agua, símbolo de los cuatro Evangelios y de la gracia del Espíritu Santo, que ofrecen de beber a los ciervos y a todos los animales del jardín que representa a la Iglesia. En la parte inferior del jardín hay hombres ocupados en las labores de la vida cotidiana, después, en las ramas floridas encontramos santos dedicados a la contemplación, junto a espléndidas aves y ángeles.

La cruz representa una fuente de vida para los cristianos, y el propósito de sus acciones, que parecen insertarse armoniosamente en el plan divino, están orientados a la contemplación del amor de Dios Padre. En este sentido, es de su mano providente, presente en la cruz, donde todo comienza, y a Él, a través de la cruz de Cristo, todo regresa. En toda esta maravillosa explicación, es mucho más fácil comprender cuál es la acción moral del cristiano, cuáles son las fuentes privilegiadas que alimentan su dinamismo de crecimiento, siempre en busca de su propia perfección y de todo lo que le rodea; cuál es la misión de la Iglesia para la vida del mundo. Aquí se ofrecen muchas preguntas de envergadura que esta representación trata de responder. Y no debemos olvidar nunca que este nuevo "árbol de la vida" está destinado no solo a los bautizados, sino a todos los hombres, a toda la creación, a todo el cosmos. Todo este dinamismo se realiza en plena colaboración con la acción humana, que a su vez se convierte en la plena realización del ser humano. Este es un tema central de la vida moral cristiana¹.

Evidentemente se trata de una colaboración asimétrica, donde se evita el pelagianismo, por un lado, y el quietismo, por el otro. No, no queremos hablar de esto, sino de la necesidad de cooperación, de colaboración por parte del ser humano, como decía san Agustín: «quien te hizo sin ti, no te justifica sin ti»².

¹ Cf. L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell'amore. I fondamenti della morale cristiana*, Cantagalli, Siena 2008, 9.

² SAN AGUSTIN, *Sermón CLXIX*, 13.

La vida humana no se realiza a sí misma. Nuestra vida es una pregunta abierta, un proyecto incompleto que aún no se ha completado y realizado. La pregunta fundamental de todo hombre es: ¿cómo se realiza este devenir hombre? ¿Cómo se aprende el arte de vivir? ¿Cuál es el camino hacia la felicidad? Evangelizar significa: mostrar este camino, enseñar el arte de vivir. Jesús dice al comienzo de su vida pública: «He venido a predicar el Evangelio a los pobres» (Lc 4,18); esto significa: tengo la respuesta a tu pregunta fundamental; Te muestro el camino de la vida, el camino de la felicidad, de hecho: Yo soy este camino. La pobreza más profunda es la incapacidad para la alegría, el tedio de la vida considerada absurda y contradictoria³.

Este arte de vivir, que comenta Joseph Ratzinger, es precisamente la vida cristiana a la que todos los seres humanos están llamados, pero que en gran medida está más allá de las posibilidades del hombre para lograrlo en plenitud, y por este motivo es necesario que Cristo sea nuestro guía, pero también nuestro camino en la verdad.

En este artículo profundizamos en la relación de la vida consagrada, de cada bautizado, con las virtudes que brotan de Cristo. Es un cristocentrismo moral de las virtudes que resumimos con la palabra griega: *Xristós*. Este cristocentrismo moral suscita en el cristiano, y también en todo ser humano, una atracción vital, donde las acciones sublimes, propias de las virtudes, forman disposiciones muy útiles para la vida cotidiana. A esta disposición de acción excelente la cristalizamos con el término griego: *aretai*. El tercer punto se refiere a una virtud central en la vida del bautizado en general, y en la del consagrado y de la consagrada en particular: la virtud infusa de la caridad. Este punto se especifica con la palabra *dinamis*. Si en las virtudes teologales la virtud reina es la caridad, la *phrónesis* es una de las virtudes morales. Este es el tema que explicará el cuarto punto. Por último, la palabra griega *dioratikós* representa el tema del quinto punto, explicando la “teologalidad” íntima de la persona consagrada.

Estos cinco puntos pueden ser representados por una figura geométrica como la pirámide, que tiene cuatro lados y un lado que es la base. La base sería el primer punto, es decir, el fundamento cristocéntrico, donde descansa toda la figura. Sobre esta base se levantan los otros lados: las virtudes, la virtud particular de la caridad, la virtud moral de la *phrónesis* y la teologalidad. La cumbre final en la cima de la pirámide solo puede ser Cristo mismo, y el Espíritu de Cristo, pero nunca en forma abstracta, sino como dice el Papa

³ J. RATZINGER, Discurso pronunciado sobre el tema “La nueva evangelización” en una Conferencia de Catequistas y Profesores de Religión pronunciado el 10 de diciembre de 2000, en Zenit.org (24 de abril de 2005).

Benedicto XVI: «La verdad [Cristo]: nunca es abstracta, sino que está integrada en el camino humano y cristiano de cada creyente»⁴.

1. Un cristocentrismo moral de las virtudes

Cuando leemos en el Evangelio que «Cristo es el camino, la verdad y la vida», nos viene a la memoria la representación de Cristo como legislador, porque tenemos una tendencia a verlo todo desde la perspectiva jurídica, que es una visión propia de la visión legalista, de una moral de la obligación, de un cierto voluntarismo moral. Pero, aunque la norma, el precepto y la ley forman parte de la vida cristiana, no son el centro, ni siquiera la parte más importante. Cristo no es solo un legislador para nosotros, es la fuente, el origen y el ejemplo que nos conduce de la mano hacia la meta de la vida moral, que es Él mismo⁵.

Los santos percibieron esta forma de vida en Cristo de una manera muy clara. Por ejemplo, San Buenaventura reconoce que los preceptos son importantes, pero la Palabra de Dios, el testimonio y la gracia forman una parte muy importante del camino de la vida cristiana. No hay oposición entre el precepto y los ejemplos y dones, son realidades que se ayudan mutuamente, en una colaboración beneficiosa⁶.

La imitación de Cristo se entiende de dos maneras: una, centrada en el Verbo Encarnado y desarrollada por San Buenaventura, especialmente en el *Breviloquium*, y otro, vinculado a la Palabra inspirada, que se analiza principalmente en el *Comentario al Hexaemeron*. En la primera obra encontramos una triple perspectiva del Verbo Encarnado: a través de los símbolos, a través de la doctrina y a través de los ejemplos. Cristo es el maestro y el médico principal en el campo moral, pero el ejemplo es mucho más fuerte que las meras palabras. Con su ejemplo, Cristo nos conduce «de virtud en virtud» hacia la culminación de las virtudes, que es la caridad de la cruz, un amor que no tiene límites, que nos cuesta comprender, pero que se convierte en una realidad ineludible. La vida de Cristo, es decir, sus gestos, sus palabras, su testimonio, son ejemplo y único modelo de virtudes y perfecciones. Para Buenaventura, no se trata tanto de imitar las acciones concretas de Jesús, sino de imitar sus virtudes. La virtud se convierte entonces en el término medio en la relación ejemplar de Cristo con nosotros. Pero su influencia como Verbo

⁴ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, n. 29.

⁵ Cf. L. MELINA, *Participar en las virtudes de Cristo*, Ediciones Cristiandad, Madrid 2004, 177.

⁶ «Él nos sostiene no solo con preceptos, sino también con documentos, ejemplos y dones de gracia» (SAN BUENAVENTURA, *In III Sent. Dist. 24*).

Encarnado sigue siendo, en cierto sentido, predominantemente externa porque él es un modelo.

Por otra parte, como en el *Comentario al Hexaemeron*, prevalece la contemplación del Verbo inspirado, y su influencia es más interior. Aquí se trata de la presencia interior de Cristo en el hombre a través del Espíritu.

Estamos en un aspecto central, también tratado en el *Itinerarium Mentis in Deum*, donde encontramos una meditación sobre los acontecimientos cristificantes⁷ del Monte de la Verna, en el que Francisco recibe los estigmas: «El amante se transforma en el amado». El Verbo inspirado, consciente en una participación íntima en las verdaderas virtudes de Cristo. La imitación de Cristo se transforma entonces en una participación de las virtudes mismas, tanto en la acción como en el sufrimiento⁸.

La acción moral expresa el Verbo encarnado en el mundo: es la revelación de la salvación por medio de Cristo. Del encuentro con Cristo nace este “fuego de amor” (*incendium amoris*) que nos mueve a ser virtuosos. En el contacto íntimo del mundo con el Verbo inspirado, encontramos el origen de un ardor por caridad (*origo inflammationis caritatis*): la verdadera conversión que nos hace cruciformes⁹.

2. Vida cristiana y vida consagrada

La vida cristiana se convierte en una experiencia de colaboración del hombre con el Espíritu Santo, que no es otro que el Espíritu de Cristo; es una actividad cooperativa en la que el ser humano se conforma a Dios. La conformidad con Dios, la conformidad de la voluntad humana con la Voluntad divina por la misma gracia del Espíritu Santo es uno de los aspectos que hacen del hombre un ser eminentemente espiritual, porque ordena de manera más plena todos sus actos y hábitos hacia el fin último, que es Dios¹⁰. El hombre espiritual es el que sigue al Espíritu, no solo porque es instruido

⁷ Sobre el tema de la “cristificación” o “conformidad”, se profundiza en: A. MESTRE, *Discernimento e conformità*, IF Press, Roma 2022.

⁸ Cf. L. MELINA, *Participar en las virtudes de Cristo. Hacia un cristocentrismo de las virtudes*, 177-178.

⁹ L. MELINA, *Participar en las virtudes de Cristo. Hacia un cristocentrismo de las virtudes*, 177-178.

¹⁰ Para esta parte me ayudaré del artículo: A. MESTRE, «La Nueva Ley y la conformidad con la Voluntad de Dios», *Alpha Omega* 32 (2020), 501-526.

por el Espíritu mismo en cuanto a lo que debe hacer, sino porque su propio corazón es movido por el Espíritu Santo¹¹.

Seguir al Espíritu Santo permite esta gran asimilación a Dios, y es aquí donde encontramos en el versículo del Evangelio de San Juan 3,8, la narración del encuentro de Jesús con Nicodemo, un diálogo del que surge una gran cantidad de información que será comentada en detalle por Santo Tomás de Aquino: es el Espíritu Santo quien infunde y actúa, y en este sentido podemos decir que el "hombre espiritual" es aquel que participa de alguna manera de las propiedades del Espíritu Santo. Así que partamos de esta premisa que es explicado de la siguiente manera por el Aquinate:

«El viento sopla donde quiere y oís su voz, pero no sabéis de dónde viene ni a dónde va: así es todo el que ha nacido del Espíritu Santo». Ciertamente es el Espíritu Santo. Y esto no es sorprendente, porque así como [Jesús] dijo: «El que ha nacido del Espíritu es espíritu», en el hombre espiritual se encuentran las propiedades del Espíritu, así como en las brasas incandescentes se encuentran las propiedades del fuego¹².

La analogía del fuego es de gran ayuda, resulta en una participación muy íntima, como lo es todo lo relacionado con la gracia, con el Espíritu, convirtiéndose en algo muy real, eficaz y con consecuencias considerables para la vida práctica de cada día. Por eso, no es extraño que la primera característica destacada sea precisamente la de la libertad¹³, tan explícita en la Sagrada Escritura, y, por lo tanto, propio del Espíritu que es libre en la búsqueda de la realización del bien en el ser humano.

¹¹ SANCTUS THOMAS AQUINAS, *Super ad Romanos*, 8,14, lect. 3, n. 635 (ed. R. Busa, *Opera Omnia*, vol. 5, 469): «Sed quia ille qui ducitur, ex seipso non operatur, homo autem spiritualis non tantum instruitur a spiritu sancto quid agere debeat, sed etiam cor eius a spiritu sancto movetur, ideo plus intelligendum est in hoc, quod dicitur quicumque spiritu dei aguntur».

¹² SANCTUS THOMAS AQUINAS, *Super Evangelium Johannis*, 3, 8, lect. 2, n. 456 (ed. R. Busa, *Opera Omnia*, vol. 6, 252-253).

¹³ Aquí encontramos cómo Nuestro Señor Jesús sugiere a Nicodemo cuatro cualidades del Espíritu: «La primera es su poder [...] porque por el poder de su libre albedrío, inspira "cuando quiere y donde quiere" iluminando los corazones [...]; la segunda es la señal de Él, "oís su voz", [esto se puede entender en dos sentidos:] la voz con la que habla interiormente en el corazón del hombre y que solo los justos y los santos oyen [...], y aquella con la que habla en las Escrituras por medio de predicadores [...] que es su poder [...] porque por el poder de su libre albedrío, su inspiración es escuchada por los fieles y por los pecadores; la tercera es su origen desconocido: si escuchas bien su voz, "no sabes a dónde va", entonces es necesario comprender: ya que conduce a un fin que se nos escapa, es decir, a la bienaventuranza eterna» (traducción y paréntesis son míos). SANCTUS THOMAS AQUINAS, *Super Evangelium Johannis*, 3, 8, lect. 2, n. 456 (ed. R. Busa, *Opera Omnia*, vol. 6, 252-253).

La libertad es, por tanto, una primera propiedad privilegiada, Él goza de libertad sobre todo: «El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2Cor 3,17); una propiedad que ofrece dos aspectos de gran trascendencia espiritual: la justicia y la libertad del pecado: porque el Espíritu Santo conduce a la justicia: «Tu buen Espíritu me lleva a la tierra de la justicia» (Sal 142,10), y me libera de la esclavitud del pecado y de la ley: «La ley del Espíritu que me ha liberado de la vida en Cristo» (Rm 8,2).

De las cuatro cualidades principales: libertad, mansedumbre, procesión y acción; la primera, la libertad, es la que aparece con más insistencia en algunos autores, como sucede con Santo Tomás, que encuentra en esta cualidad un centro de reflexión muy fructífero, correlacionando a menudo varios textos del Nuevo Testamento como por ejemplo cuando destaca la relación entre el versículo de Jn 3,8: «El que ha nacido del Espíritu es espíritu», y el de 2Cor 3,17: «El Señor es el Espíritu, y donde está el Espíritu, allí hay libertad».

Una exégesis similar se encuentra en su comentario a la carta de san Pablo a los Corintios, donde aparece un primer sentido de “Espíritu” que se puede entender en un sentido personal, y es necesario comprender cómo el Espíritu Santo, autor de la Ley, es el Señor, es decir, el que obra según su libertad. Y en este sentido la exégesis se basa en los textos: «El Espíritu sopla donde quiere» (Jn 3,8) y «Distribuye sus dones como quiere» (1Co 12,11). Santo Tomás también introduce estos otros textos de San Pablo diciendo: «Donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad»; es decir: puesto que el Espíritu es el Señor, puede darnos la libertad de usar la Sagrada Escritura del Antiguo Testamento libremente y sin velos, algo que no pueden hacer los que no tienen el Espíritu Santo¹⁴.

A esta interpretación se puede añadir otra, en la que el protagonista es el propio Cristo, pero desde una perspectiva muy peculiar que refleja la íntima relación de las personas divinas entre el Espíritu Santo y Cristo.

En un segundo sentido, se puede entender al “Señor” de Cristo mismo; entonces se puede leer así: el Señor, es decir, el Cristo, es espiritual, es decir, el espíritu de poder (*spiritus potestatis*), y por esta razón «donde está el Espíritu del Señor», está la ley de Cristo entendida en el Espíritu (*spiritualiter intellecta*), no solo escrita en el corazón por la fe, luego también está la libertad, sin ningún obstáculo que provenga del velo¹⁵.

¹⁴ Cf. SANCTUS THOMAS AQUINAS, *Super II ad Corinthios*, 3, 17, lect. 3, n. 111 (ed. R. Busa, *Opera Omnia*, vol. 6, 403).

¹⁵ SANCTUS THOMAS AQUINAS, *Super II ad Corinthios*, 3, 17, lect. 3, n. 111 (ed. R. Busa, *Opera Omnia*, vol. 6, 403).

Nos encontramos con un tema que está muy cerca del corazón de muchos autores espirituales y de manera privilegiada en Santo Tomás: es la doctrina de la libertad en el Espíritu del Señor, que es uno de los centros de moralidad en la *Suma Teológica*¹⁶, doctrina que encontramos precisamente en el tratado de la Ley Nueva o la Ley del Evangelio¹⁷.

Hablar de la Ley del Espíritu, o de la Nueva Ley, o de la Ley de Cristo, o incluso de la Ley del Evangelio (que en realidad son la misma cosa), no es más que profundizar en el amor divino, el amor que fluye de Dios hacia el ser humano, porque el Espíritu Santo es amor. Por eso, la evangelización es colaborar para encontrar y reconocer este amor a Jesús, que se convierte en la historia que se manifiesta en la realidad de la vida a través de las acciones ante el ser humano. Podemos decir que la vida cristiana, así como la vida de la persona consagrada, comienza y continúa la experiencia del amor de Dios a lo largo de toda su vida¹⁸.

Todas las acciones humanas, a partir del fascinante dinamismo que las empuja hacia una plenitud siempre esperada y nunca del todo dibujada, deben ser vistas dentro de un misterio, en el que encuentran su contexto de sentido y su interpretación. Por eso, para comprender, es necesario partir de la experiencia, en cuyo centro está el acto de amor como fuente de sentido y como vocación fundamental de vida. «El hombre no puede vivir sin amor. Sigue siendo un ser incomprensible para sí mismo, su vida carece de sentido si no se le revela el amor, si no encuentra el amor, si no lo experimenta y

¹⁶ Un texto esclarecedor se encuentra en S. PINCKAERS, *Las fuentes de la moral cristiana. Su método, su contenido, su historia*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 1988, 232: «Tres grandes cumbres dominan la moral de Santo Tomás y la hacen tocar de alguna manera el cielo: el camino de las Bienaventuranzas que culminan en la visión de Dios, el camino de las virtudes teologales que nos hacen presentes a Dios, y al final, la Ley del Evangelio, que es el punto culminante de toda legislación que surge de la sabiduría de Dios y se comunica al hombre».

¹⁷ G. LAFONT, *Estructuras y método en la «Suma Teológica» de Santo Tomás de Aquino*, Rialp, Madrid 1964, 515-516: «Esto permite a Santo Tomás, en algunas de las cuestiones más bellas de la Suma, precisar las leyes fundamentales de la libertad cristiana; las tres cuestiones sobre la Ley del Evangelio nos presentan la libertad en su perfección redescubierta: en la medida en que pertenece como potencia a la naturaleza del hombre, en la medida en que está dirigida por sus hábitos adquiridos y, sobre todo, por las virtudes infusas, educada a través del tiempo por la economía histórica revelada, el libre albedrío está informado por la gracia del Espíritu Santo, bajo la cual la moción puede adherirse a Dios. Esta adhesión, verdadero fin para el que fue creada, se realiza participando en la vida de Cristo a través de los sacramentos de la Iglesia; su camino más perfecto en este mundo consiste en la sumisión a los consejos evangélicos, en los que el hombre alcanza su plenitud cuando acepta por amor la obediencia a los impulsos del Espíritu Santo».

¹⁸ Cf. L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell'amore. I fondamenti della morale cristiana*, 9.

lo hace suyo, si no participa vivamente en él». Y, por otra parte, la experiencia del hombre solo se revela plenamente a sí mismo por Cristo Redentor, el cual, manifestando el misterio divino del amor, revela también del hombre al hombre y le manifiesta su vocación suprema. Se establece así una fecunda circularidad hermenéutica entre la experiencia y la Revelación, en la que se ilumina el misterio de la acción y a esta luz puede surgir de nuevo «ese profundo asombro sobre el valor y la dignidad del hombre que se llama Evangelio, es decir, la Buena Noticia»¹⁹.

La Buena Nueva del amor de Dios por el hombre, como presencia del amor del Padre en la creación; como encuentro personal con Jesús: encarnación, sacrificio y redención, con el “alimento” privilegiado de la Eucaristía; como guía interior del Espíritu Santo, se enciende a lo largo de la historia humana a todos estos niveles, en una sinergia entre la acción humana y la acción divina. Y es en esta sinergia donde el ser humano descubre que está hecho de tal manera que no se da cuenta, no se desarrolla y no puede encontrar su propia plenitud «si no es a través de una entrega sincera de sí mismo». Y al mismo tiempo llega a reconocer profundamente la propia verdad en el encuentro con los demás. Los rostros concretos que hay que amar se hacen indispensables para experimentar el valor de la vida, que subsiste allí donde hay vínculo, comunión, fraternidad. Por otro lado, cuando uno afirma pertenecerse solo a sí mismo y vivir como islas, no hay vida²⁰.

Desde lo más profundo de cada corazón, el amor crea vínculos y ensancha la existencia cuando hace que la persona salga de sí misma hacia el otro. Estamos hechos para el amor y hay en cada uno de nosotros «una especie de ley del ‘éxtasis’: salir de uno mismo para encontrar en los demás un aumento del ser». Por lo tanto, en todo caso, el hombre también debe decidirse una vez a saltar de sí mismo²¹.

El Papa Francisco profundiza y propone aspectos muy concretos para vivir este amor con “rostros concretos” en la misma encíclica *Fratelli Tutti*, por ejemplo: la hospitalidad (n. 90),

Las personas pueden desarrollar ciertas actitudes que presentan como valores morales: fortaleza, sobriedad, laboriosidad y otras virtudes. Pero para orientar adecuadamente los actos de las diversas virtudes morales, es necesario considerar también en qué medida

¹⁹ L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell’amore. I fondamenti della morale cristiana*, 9.

²⁰ Cf. PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti* (2020), n. 87.

²¹ PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, n. 87.

producen un dinamismo de apertura y de unión con las demás personas. Este dinamismo es la caridad que Dios infunde²².

Esta es precisamente la autenticidad de la vida cristiana y, por tanto, de la vida consagrada, que solo puede pasar por una verdadera experiencia vivida de las virtudes, no solo morales, sino sobre todo infusas, fundamentos indispensables para la construcción de la vida en común, tanto a nivel mundial como a nivel local, como, por ejemplo, en una comunidad de vida consagrada. La virtud es incompatible con la apariencia, porque en ese preciso momento, ya no se trata de una virtud, sino de otra cosa totalmente diferente. De modo privilegiado sucede esto, como decía San Buenaventura, con la virtud de la caridad que, sin ella, las demás virtudes no cumplen los mandamientos «tal como Dios los entiende»²³.

El Papa Francisco añade:

La estatura espiritual de una existencia humana está definida por el amor, que en última instancia es «el criterio para la decisión final sobre el valor o el desvalor de una vida humana». [...] Todos los creyentes debemos reconocer esto: el amor es lo primero, lo que nunca se debe poner en riesgo es el amor, el mayor peligro es no amar (cf. *1Cor* 13,1-13). Tratando de aclarar en qué consiste la experiencia de amar, que Dios hace posible con su gracia, Santo Tomás de Aquino la explicó como un movimiento que centra la atención en el otro «considerándolo como uno consigo mismo». La atención afectiva que se presta al otro provoca una orientación a buscar gratuitamente su bien. Todo esto parte de una estima, de un aprecio, que al final es lo que se esconde detrás de la palabra “caridad”: ser amado es “querido” para mí, es decir que lo considero de gran valor. Y «del amor por el cual uno agrada a una persona determinada derivan gratificaciones hacia ella». Por lo tanto, el amor implica algo más que una serie de acciones beneficiosas. Las acciones derivan de una unión que se inclina cada vez más hacia el otro, considerándolo precioso, digno, agradable y bello, más allá de las apariencias físicas o morales. El amor por el otro, por lo que es, nos empuja a buscar lo mejor para su vida. Solo cultivando este modo de relacionarnos haremos posible una amistad social que no excluya a nadie y una fraternidad abierta a todos²⁴.

Nos sentimos atraídos por este amor desde adentro, y se convierte en una necesidad personal de crecimiento, de desarrollo. De niños nos vamos abriendo a los demás poco a poco, y debe ser un camino que nos acompañe siempre. La familia se convierte en una gran escuela en este sentido, al igual que las instituciones que

²² PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, n. 91.

²³ Cf. PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, n. 91.

²⁴ PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, nn. 92-94.

promueven valores en el mundo. Esta apertura progresiva del amor, como dice el Papa Francisco, es el verdadero fundamento de la convivencia universal²⁵.

Es el fundamento del principio del bien moral y del bien común, que no busca otra cosa que el progreso de todos aquellos valores fundamentales que ayudan a vivir plenamente la dignidad de la persona. No solo los individuos están llamados a esta tarea, sino todas las instituciones que participan en la vida social. Dios no está al margen de esta búsqueda continua.

No podemos dejar de decir que el deseo y la búsqueda del bien de los demás y de toda la humanidad implican también trabajar por la maduración de las personas y de las sociedades en los diferentes valores morales que conducen al desarrollo humano integral. En el Nuevo Testamento se menciona un fruto del Espíritu Santo (cf. *Gal* 5,22), definida por el término griego *agathosyne*. Indica el apego al bien, la búsqueda del bien. Más aún, se trata de proporcionar lo más valioso, lo mejor para los demás: su maduración, su crecimiento en una vida sana, el ejercicio de valores y no solo el bienestar material. Existe una expresión latina similar: *benevolentia*, es decir, la actitud de querer el bien del otro. Es un fuerte deseo de bien, una inclinación hacia todo lo que es bueno y excelente, lo que nos impulsa a llenar la vida de los demás con cosas bellas, sublimes, edificantes²⁶.

Por lo tanto, la caridad no es una realidad abstracta, sino muy concreta, en la que la persona singular está en el centro, con problemas específicos, con dificultades particulares. La caridad que llega a cada persona, a cada realidad social, es precisamente el centro de la doctrina social de la Iglesia, la solicitud de Cristo por cada hombre y cada mujer, en todas las etapas de la vida.

3. Caridad y *dinamismo moral* en la persona consagrada

«El contenido del encuentro con Cristo es una experiencia de amor, que da a la vida un nuevo horizonte y con él una orientación decisiva»²⁷. La caridad es la madre y forma de las virtudes.

Para Buenaventura, la cumbre de la virtud cristiana es la cumbre de la imitación de Cristo, y lo que nos hace llegar a ser “deiformes” es la virtud de la caridad. En ella, el hombre participa de la generosidad sobrehumana del Creador. Para él, la caridad es la raíz, la forma y la meta de todas las demás virtudes. Aunque sigue la línea

²⁵ Cf. PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, nn. 95-109.

²⁶ PAPA FRANCISCO, Carta encíclica *Fratelli tutti*, n. 112.

²⁷ Cf. L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell'amore. I fondamenti della morale cristiana*, 11.

agustiniana de la prioridad de la caridad y el reconocimiento de su carácter de fuente, Buenaventura no subyuga todas las demás virtudes en ella: la moral humana tiene una autonomía propia que debe ser respetada. La caridad no debe confundirse con las otras virtudes y, siendo específicamente diferente de ellas, no renuncia a ser practicada. Pero tiene una prioridad: en ella actúa el aspecto más profundo y esencial de la imitación de Cristo. Es el fuego del amor (*incendium amoris*) característico de la caridad donde crecen las virtudes. Para Buenaventura, la caridad es la madre y la forma de las demás virtudes. Ella es "madre", no para engendrarlos, sino porque los protege y los alimenta, elevándolos a una forma sobrenatural. Y se convierte en su "forma" porque corrige su intención hacia Dios, amado por sí mismo sobre todas las cosas; Y es precisamente la intención la que da forma a los actos. La caridad, como forma última de las virtudes morales, informa también los actos, orientándolos hacia el amor gratuito de Dios²⁸.

a. Justo, porque la caridad no renuncia a ser practicada, está destinada a la acción con pasos específicos y con dinamismo propio

La vida cristiana, la vida consagrada, que no es otra cosa que el camino de la vida de amistad con Cristo, es decir, la búsqueda de la perfección cristiana, implica tres etapas que el Evangelio nos transmite así²⁹; es decir, podemos narrar nuestra vida cristiana en tres declaraciones del Nuevo Testamento: primero, «No fuimos nosotros los que *amamos a Dios*, sino Él que nos amó» (1Jn 4,10); luego, «El que me *ama*, guardará mi palabra» (Jn 14,23); y, finalmente, «El que hace la voluntad de mi Padre [por *amor*], tendrá vida eterna» (Mt 7,21).

Es una experiencia vital, no son afirmaciones abstractas, conceptos universales del cristianismo, sino una verdad vivida, existencial, que toca las fibras más íntimas del ser humano. Descubrir el amor verdadero, auténtico y total de Cristo se convierte en el centro de todo este camino que es la vida, la vida cristiana, la vida consagrada. Un amor que tenga protagonismo, que sea irreductible, desinteresado. En términos clásicos, sería el "*exitus*" de Dios Padre que quiere darse a conocer, que se da, y por eso crea; luego espera la correspondencia, si la hay, con el "*reditus*", es decir, la persona quiere corresponder libremente, y es aquí donde entra la observancia de la Palabra de Dios, con la interiorización de los mandamientos y con la aceptación de la Alianza en el Antiguo

²⁸ L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell'amore. I fondamenti della morale cristiana*, 177-178.

²⁹ SAN TOMMASO D'AQUINO, *Opuscoli spirituali, commenti ai dodici comandamenti. "I due precetti della carità"*, ESD, Bologna 1999. Véase también: J. RIVERA, *Espiritualidad Católica*, CETE, Madrid 1982.

Testamento, con la experiencia de la vida en el Espíritu Santo. A esta correspondencia la llamamos "moral", donde a través de actos, hábitos, disposiciones, virtudes, etc., la persona busca colaborar con Dios. Desgraciadamente, hoy en día, este segundo paso ha quedado oscurecido, porque la moral ha sido en gran medida una mera adaptación de los actos de la persona a normas, preceptos y leyes preestablecidos, reduciendo la moral a un legalismo comportamental, a un voluntarismo moral y a una moral de la obligación, una reducción de la que no es fácil salir.

El cristianismo no tiene nada que ver con este legalismo, no se reconoce en este voluntarismo moral, y no se reduce a una moral de la obligación, donde la norma se convierte en el punto de partida. El punto de partida del cristianismo es el amor de Dios por el hombre, un amor que explica la historia de cada ser humano, y que Dios no deja de agradecer con total felicidad, o en palabras más bíblicas, "la vida eterna" con Él.

Basta mirar el bagaje cultural cristiano, donde encontramos inmediatamente, en innumerables ejemplos en la arquitectura, las pinturas, las esculturas, la literatura, en las obras misioneras, etc., a lo largo de la historia, el mensaje cristiano, la Nueva Noticia para todos los hombres.

b. El dinamismo del amor

Podemos identificar tres momentos dinámicos del amor que pertenecen propiamente a la caridad:

De hecho, se sabe que el amado está en el amante por consecuencia natural y, por lo tanto, el que ama a Dios lo tiene en sí mismo, como dice Juan: «el que permanece en el amor, permanece en Dios y Dios permanece en él» (1Jn 4,16). Entonces es propio del amor transformar al amante en amado, de modo que si amamos las cosas viles y pasajeras, también nos volvemos viles y transitorios, nos volvemos viles e inconstantes, porque, como dice el profeta: «Se volvieron tan abominables como lo que amaban» (Os 9,10). Por lo tanto, si amamos a Dios, también nos hacemos divinos, como dice el Apóstol: «El que se une al Señor forma un solo espíritu con él» (1Cor 16,10) o como dice San Agustín: «Como el alma es la vida del cuerpo, Dios es la vida del alma»³⁰.

Hay tres movimientos, tres dinamismos que llevan al hombre a hacer las cosas, son como el motor de la vida, nos empujan; son como la sal, que da sabor; y el color, la belleza de vivir. En teología, en antropología teológica, se les llama *los dinamismos del amor*.

³⁰ SAN TOMMASO D'AQUINO, *Opuscoli spirituali, commenti ai dodici comandamenti. "I due precetti della carità"*, 201.

Estos tres dinamismos del amor se pueden resumir de la siguiente manera: el primer dinamismo es "Yo amo..."; la segunda es "el amado está en el amante"; y, finalmente, la tercera es "el amante se convierte en el amado".

El primer dinamismo: "Yo amo...", también podemos explicarlo como "el amante ama a la amada". El *amante* [es decir, el que ama] ama al *amado* [es decir, el que recibe amor]. Es el dinamismo más primario, nuestro corazón funciona así, me gusta algo, sé lo que es importante para mí, reconozco el valor de una determinada realidad, y así es como mi corazón se dirige hacia ella espontáneamente. La vida está llena de este amor. Hay muchos ejemplos de este amor: conozco algo que me atrae, como los juegos, o paso horas y horas navegando por internet porque me fascina descubrir nuevos sitios. O, por ejemplo, sé que en ciertas escuelas se enseñan valores, es una escuela muy confiable, competente, y por eso trato de darlo a conocer a otras personas; conozco un gran equipo de fútbol que es muy bueno, y lo apoyo; etc.

Este dinamismo también funciona en el plano espiritual, en la vida interior. Conocer la Biblia es conocer a Cristo, no es solo conocimiento intelectual, por supuesto, sino que una "primera noticia" es indispensable. Y entonces, si no conozco a Cristo, ¿cómo puedo amarlo?

El segundo dinamismo que hemos presentado es: "el amado está en el amante", es decir, lo que amo, lo que deseo, lo que quiero, etc., está en cierto modo en la persona que ama. Es un dinamismo muy particular, pero también muy humano, porque lo que amo, lo que deseo, lo que quiero, ya sea un objeto o una persona, está en cierto modo en mí.

El mundo del marketing es muy consciente de este principio y lo utiliza a su favor. Esa máquina, ese objeto, que aparece en una fotografía, en un anuncio, ha quedado impreso en mí, en mi imaginación, en mi memoria, con su diseño, su color, su brillo, etc.

Esto sucede a *nivel humano*, el amado está presente en la persona que ama, está presente en la imaginación, en la memoria, incluso en los esfuerzos que se hacen; por ejemplo, el esposo que trabaja mucho y lo hace porque ama a la familia; la esposa que se queda en casa, o incluso trabaja, hace tantos esfuerzos, porque ama y tiene a la familia en sí misma, la siente por dentro, lo que la hace muy feliz y plenamente realizada.

En el ámbito espiritual, de hecho, se sabe que el amado está, por tanto, en el amante, y por eso el que ama a Dios lo tiene en sí mismo, como dice san Juan: «El que permanece en el amor, permanece en Dios, y Dios permanece en él» (1Jn 4,16). Si amo a Dios,

Él habita, en cierto modo, en mí, es una prenda de su presencia, de su ayuda, se compromete conmigo. También podemos afirmar que «Dios que me ama, es decir, amándome, habito, en cierto modo, en Él». Existe esta circularidad beneficiosa entre el amante y el amado.

Una magnífica realidad que el cristianismo siempre ha profundizado de una manera increíble con el misticismo. Los santos, los místicos, no solo son conscientes de esto, sino que hay una experiencia vivida. Como dice San Pablo: «Con Cristo he sido crucificado, y ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (*Gal 2,20*); o como dice el poema de Santa Teresa de Jesús: «Vivo sin vivir en mí, y tan alta vida espero; que muero porque no muero. Vivo ya fuera de mí; después que muero de amor; porque vivo en el Señor, que me quiso para sí; cuando el corazón le di; puso en él este letreiro: que muero porque no muero»³¹.

El tercer dinamismo es *“el amante se transforma en aquel a quien ama”*. La persona que ama, desea, quiere algo, quiere a alguien, se convierte en eso. «Es propio del amor transformar al amante en amado, de modo que si amamos las cosas viles y pasajeras, también nos volvemos cobardes y volubles, porque, como dice el profeta Oseas, *“se hicieron tan abominables como lo que amaban”* (*Ose 9,10*)»³². Aquí el profeta Oseas reconoce este dinamismo cuando se aman las cosas viles y efímeras, y de esta manera la transformación moral que se produce es destructiva. De otro modo, se vuelve constructivo cuando elegimos cosas buenas y duraderas, de esta manera la persona se construye por dentro. Los ideales (no los idealismos) son una motivación hacia la mejor parte de nosotros. Un apotegma clásico dice: «los ideales se convierten en idealismos a base de golpes de pereza», pero también es cierto que los ideales se hacen realidad sobre la base de las virtudes.

Por eso, dice el Apóstol: «El que se une al Señor forma con Él un solo espíritu» (*1Cor 16,16*); como el alma es la vida del cuerpo, Dios es la vida del alma.

La virtud infusa de la caridad no es fruto del ejercicio humano, ni siquiera mediante un esfuerzo extraordinario y meritorio, sino un don divino. La caridad es una amistad del hombre con Dios y a partir de ella, fundada en la coparticipación en la bienaventuranza eterna, se muestra que excede la capacidad de la naturaleza y, por tanto, no puede adquirirse con las facultades naturales, sino que se debe a la infusión del Espíritu Santo³³. «No fuimos nosotros los

³¹ SANTA TERESA DE JESÚS, *Obras completas*, BAC, Madrid 1997, 654.

³² SAN TOMMASO D'AQUINO, *Opuscoli spirituali, commenti ai dodici comandamenti. "I due precetti della carità"*, 201.

³³ Cf. *S.Th.*, II-II q. 24, a. 2.

que amamos a Dios, sino que fue Él quien nos amó a nosotros» (1Jn 4,10).

Para obtener la caridad se requiere nuestra disponibilidad; para aumentarla necesitamos dos cosas: necesitamos escuchar atentamente la Palabra de Dios, «porque la Palabra del Señor es como el fuego» (Sal 119), inflama (Sal 105) y hace arder el corazón (Lc 24,32); para lograrlo también hay que estar continuamente realizando cosas buenas. Dos disposiciones, por lo tanto, son necesarias para aumentarla: el desapego del corazón de las cosas terrenales y el mantenimiento de una paciencia inalterada en la adversidad³⁴.

No es indiferente adquirir la caridad, porque es la fuente de tantos beneficios; produce el perdón de los pecados, ilumina el corazón, da al ser humano la alegría perfecta, es decir, la alegría y la paz, procura la paz y la serenidad perfectas y, además, confiere al hombre una gran dignidad.

No en vano, el amor de Dios, como primer precepto, nos exige «recordar los bienes recibidos»: es decir, tener la suficiente reflexión para mirar las cosas, especialmente los bienes (aunque por desgracia solo pensamos en los males), que no son principalmente mis obras, porque ¿qué es lo que tenéis que no se recibe?³⁵. Hemos recibido todo de Dios, y esto produce amor: «Ahora todo viene de ti; nosotros, habiéndola recibido de tu mano, te la hemos devuelto (*dedimus tibi*)», 1Cro 29,11-14.

La buena disposición se nutre también de la consideración de la excelencia divina: «Dios es más grande que nuestro corazón» (1Jn 3,20) [cf. Sir 43,32]; la renuncia a las cosas mundanas y terrenas, que para la persona consagrada concierne no solo a la actitud, sino también a las cosas materiales tratadas como propias, en cambio para el laico consiste fundamentalmente en la actitud, y en la medida de las posibilidades también sobre las cosas concretas; por último, a la buena disposición se ayuda fundamentalmente evitando los pecados. He aquí un programa de vida no solo para el cristiano, sino para todo hombre que quiera vivir en paz.

Esta buena disposición conduce a la actitud de dar y entregarse a Dios, con todo el corazón (aquí estamos en el ámbito de las intenciones), el alma (y aquí estamos en el área de la voluntad), la

³⁴ Cf. SAN TOMMASO D'AQUINO, *Opuscoli spirituali, commenti ai dodici comandamenti. "I due precetti della carità"*, 207ss.

³⁵ Pero en realidad existe una cosa que es propiamente mía, absolutamente mía, es la única cosa que es mía, que me pertenece, y en esto Dios no tiene nada que ver con ella, no tiene rastro, es verdaderamente mi obra, puedo decir esto con todas las palabras: esto es mío y no necesito devolverlo, está hecho con mis manos, es mi propiedad, me pertenece, y esto es el pecado.

mente (donde se excluye todo deseo de pecar) y la fuerza (es decir, con las capacidades con las que estamos disponibles)³⁶.

Precisamente, los actos y disposiciones habituales son los medios preciosos que el ser humano utiliza para corresponder a Dios. Y es precisamente de esto, de las disposiciones habituales para hacer el bien, es decir, de las virtudes, de lo que hablaremos ahora.

4. *Phrónesis* y virtudes teologales en la persona consagrada

Un enfoque adecuado a las virtudes de la vida consagrada, que respete el reconocimiento de la originalidad y de la unidad de la racionalidad práctica, como principio de comprensión del dinamismo de la acción moral cristiana, debe tener en cuenta la profundización de la experiencia moral originaria, el estudio del camino de la construcción del sujeto moral cristiano (y a menudo del sujeto consagrado), la clarificación del modelo de la vida buena, el estudio de las virtudes cardinales y de la acción excelente³⁷.

En el análisis de la experiencia moral, sin embargo, no es necesario buscar fenómenos sorprendentes y curiosos para descubrir la lógica finalista en el comportamiento de los seres vivos, especialmente de los seres humanos. Basta con mirar las actividades más cotidianas. De hecho, hay tres que nos parecen de especial importancia: la nutrición, el crecimiento y la reproducción. Estas actividades tienen una característica común: son actividades inmanentes, que se perfeccionan a sí mismas³⁸.

El comportamiento moral muestra, como experiencia moral originaria, la autorrealización, es decir, el crecimiento o la degradación. La acción moral puede "construir al hombre", es precisamente lo que quiere decir San Gregorio de Nisa cuando dice que a través de nuestra acción «somos nuestros propios padres»³⁹.

³⁶ Cf. SAN TOMMASO D'AQUINO, *Opuscoli spirituali, commenti ai dodici comandamenti. "I due precetti della carità"*, 207ss.

³⁷ Cf. L. MELINA – J. NORIEGA – J.J. PÉREZ-SOBA, *Camminare nella luce dell'amore. I fondamenti della morale cristiana*, 11

³⁸ Tomamos el término de Ramón Lucas, cf. R. LUCAS LUCAS, *L'uomo, spirito incarnato*, Paoline, Milano 1993. El concepto de inmanencia, como concepto clave para entender el fenómeno de la vida, domina desde Platón y Aristóteles hasta Hegel y Schelling. Se desarrolla particularmente en Tomás de Aquino (e.g. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Contra Gentiles*, IV, 11). A este respecto, me parece excelente la observación de Sofia Vanni Rovighi: «L'unità della sostanza [...] si inferisce dall'unità di azione» (S. VANNI ROVIGHI, *Elementi di Filosofia*, Volume terzo, *La natura e l'uomo*, La Scuola, Brescia 1982⁶, 81).

³⁹ SAN GREGORIO DE NISA, *De vita Moysis*, II, 3: PG 44, 328.

La experiencia moral original muestra un rastro de múltiples aspectos que intervienen en una organización superior que se integra conectando todos los elementos activados. Como sucede en el cuerpo humano, donde todos los órganos, sistemas, hormonas, etc., están llamados a trabajar de forma holística⁴⁰, es decir, en un sentido integral y global.

Uno de estos elementos son las virtudes, el *dinamismo* que facilita la acción, pero son precisamente las virtudes realidades que hoy no tienen aceptación. En esta descalificación, arrinconamiento y olvido de las virtudes, la doctrina psicoanalítica de Sigmund Freud (hoy más conocida como "psicodinámica") jugó un papel privilegiado, a través de su propia visión antropológica donde el hombre se mueve fundamentalmente por pulsiones, de modo privilegiado y principalmente inconscientes, frente a las cuales no hay mucho que hacer. En este sistema no hay lugar para la voluntad, la elección, la libertad. Son los impulsos de agresión y sexualidad los que rigen al ser humano, solo queda sufrírselos y resistírselos en el mejor modo posible.

En esta visión negativa y pesimista de la interioridad humana, quedan pocos elementos presentes en la formación de la persona. ¿En qué consistiría la formación de la persona si no hay posibilidad de vivir las virtudes?

En el horizonte filosófico actual hay autores que están recuperando y redescubriendo estos elementos perdidos, casi como si estuviéramos hablando de un naufragio del que poseemos algunos restos tan solo. Un ejemplo de ello es el filósofo Alasdair McIntyre, que escribió *After virtue*⁴¹ (*Después de la virtud*), reconociendo que hoy vivimos con fragmentos de una realidad, algunos antiguos, como la de la sabiduría de Aristóteles, pero conscientes de que hoy no hay acuerdo sobre el tema de las virtudes, de su valor, y solo tenemos fragmentos, que no tienen una organización completa.

⁴⁰ El holismo es una teoría que afirma que las partes de un todo están íntimamente interconectadas (cf. *Oxford Dictionary of English*). Del griego ὅλος, *hòlos*, es decir, "total", "global". En biología se utiliza para indicar que, asumiendo la organización de los seres vivos según niveles jerárquicos (desde el nivel atómico-molecular hasta los ecosistemas), cada nivel superior muestra valores de funcionalidad y auto-organización superiores a los que resultarían de la simple suma de los elementos de los que se compone y que constituyen el nivel inmediatamente anterior. Por lo tanto, el ser vivo, y en particular el ser humano, como tal, debe ser considerado como una unidad-totalidad compleja, no reducible a un simple ensamble de sus partes constituyentes. Cf. S.A. SABBADINI, *Pellegrinaggi verso il vuoto: Ripensare la realtà attraverso la fisica quantistica*, Lindau, Torino 2015. (La traducción es mía).

⁴¹ A. MACINTYRE, *After Virtue. A Study in Moral Theory*, University of Notre Dame Press, Notre Dame 1984² (ed. revisada y corregida) [Duckworth, London 1994²] (*Dopo la virtù. Saggio di teoria morale*, Feltrinelli, Milano 1988, 1993²).

La definición clásica presentaba la virtud como un “buen hábito operativo”. Entendiendo como “hábito”, *habitus*, una disposición a realizar cualquier acción. Esta disposición es operativa, es decir, apta para la acción, apoyada en la voluntad, como facultad; y, finalmente, se trata de un “buen” hábito operativo, es decir, dirigido al bien, que es su fin adecuado.

Ya con este marco, podemos presentar cómo unir dos virtudes, cada una reina de su grupo: la caridad de los teólogos, la prudencia de las disposiciones. La virtud teologal de la caridad presenta el fin último, es decir, el amor que queremos ofrecer a Dios; por otro lado, la prudencia ofrece los medios adecuados para lograr este fin.

La persona consagrada vive esta relación virtuosa que se enriquece mutuamente, en continuo crecimiento, progreso que a menudo es imperceptible para la misma persona. De hecho, ambas contribuyen a un sano discernimiento que hace que la persona progrese hacia la armonía.

Un ejemplo esclarecedor entre la relación de estas dos virtudes y el discernimiento en acción se puede encontrar en este pasaje que trata el tema de la oración:

El otro eje de la vida cristiana, el de la acción, parece a primera vista ser lo opuesto a la oración. Pero es una visión superficial de las cosas. La acción no es menos importante que la oración, y esto incluso en el tipo de vida exclusivamente contemplativa, tanto porque la persona solitaria está a menudo muy ocupada con todo tipo de actividades indispensables para su subsistencia, como por la naturaleza misma del discernimiento espiritual, que constituye un terreno común entre la oración y la acción. De hecho, lo que realmente importa, tanto en la oración como en la acción, es estar realmente bajo la moción del Espíritu. Ahora bien, esta sensibilidad al Espíritu se aprende tanto en la oración como en la acción. Lo que se ha aprendido en el momento de la oración facilitará el descubrimiento de la acción de Dios en el momento de la acción; simétricamente, lo que se ha aprendido de la actividad de Dios en el corazón de la acción facilitará la escucha del Espíritu en el momento de la oración. En ambos casos, lo que importa es estar en un estado de espera y asumir una actitud de escucha, de “auscultación”, de examen atento de los signos del Espíritu Santo.

A este nivel de profundidad, más que una interacción fundamental entre la oración y la acción, es paradójicamente su misma distinción la que queda abolida. Ambas son asumidas y se dejan guiar por igual por la misma sensibilidad interior.

En un momento dado, el discernimiento espiritual significará «atención interior al movimiento del Espíritu que nos impulsa a la oración»; en otro momento será «atención a lo que el mismo Espíritu impulsa a obrar concretamente». Aquí tocamos un pun-

to en el que, en cada creyente, el contemplativo y el apóstol están unidos⁴².

El discernimiento espiritual⁴³ de los impulsos del Espíritu Santo necesita la virtud de la prudencia y de la caridad, que iluminan de modo privilegiado en las opciones de la vida cristiana, y de modo particular, en la vida consagrada.

5. La “teologalidad” íntima de la persona consagrada: *dioratikós*

Hace años, tres días después de llenar el *Boston Symphony Hall*, el violinista Joshua Bell, uno de los más famosos y valorados del mundo, accedió a colaborar en un “experimento” que fue propuesto por el periódico *The Washington Post*. Se presentó en la entrada de una estación de metro de la capital norteamericana vestido de forma sencilla, y, eso sí, con su *stradivarius* de 1713 valorado en 3,5 millones de dólares. Más de mil personas pasaron ante el músico durante 43 minutos, que duró este concierto en particular, solo 27 dejaron unas monedas. En total, 32 dólares. «La belleza pasa desapercibida», tituló el periódico unos días después, comentando este experimento.

Puede suceder que ésta sea la actitud del cristiano de hoy, acostumbrado a tantos dones, a tantas gracias de Dios desde el bautismo, que no sea capaz de reconocer en todo su esplendor el increíble don de Dios al hombre. Agitados por los acontecimientos de cada día, inconscientemente pasamos frente a las cosas más bellas y valiosas sin darnos cuenta.

En la vida cristiana, Cristo, y su Espíritu que nos acompaña continuamente en el camino de la vida, es el gran tesoro que tenemos en nuestras manos.

El cristiano que vive de la fe tiene el derecho de motivar su conducta moral a la luz de su fe. Y cuando el contenido de esta fe es Cristo, el cristiano tomará las opciones decisivas de su vida desde la perspectiva de Cristo, es decir, desde la perspectiva de la fe⁴⁴.

⁴² A. LOUF, *Generati dallo Spirito. L'accompagnamento spirituale oggi*, Edizioni Qiqajon, Magnano (BI) 1994, 35-36 (la traducción es mía).

⁴³ Un desarrollo sobre este tema se puede encontrar en el siguiente artículo: A. MESTRE, «El discernimiento espiritual como distinción prudencial vivida teologalmente», *Alpha Omega* 24 (2021), 71-108.

⁴⁴ H.U. VON BALTHASAR, «Nine Propositions on Christian Ethics», en J. RATZINGER – H. SCHÜRMAN – H.U. VON BALTHASAR, *Principles of Christian Morality*, Ignatius Press, San Francisco 1986, 77. [Trad. española, «Nueve puntos sobre la ética cristiana» en *Principios de moral cristiana. Compendio*, Edicep, Valencia 1988, 71].

Es una fe vivida, una fe concreta que toca la vida cotidiana. Una fe que permite ver más allá, integrando todos los elementos humanos y sobrenaturales.

La sensibilidad a la inspiración del Espíritu Santo [...] no se da de antemano, sino solo en el corazón mismo de la lectura de la Palabra. Es la Palabra, de hecho, la que da la capacidad de discernir. En la tradición patristica griega se dice que la Palabra convierte al lector en *dioratikós*, literalmente: «quien sabe mirar a través de las cosas, quien es capaz de discernir». El autor de la Carta a los Hebreos nos ha dejado una descripción expresiva e icónica de este extraordinario poder de la Palabra: «Porque la Palabra de Dios es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; penetra hasta el punto de la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de la médula, y escudriña los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura que pueda esconderse de ella, sino que todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquel a quien debemos dar cuenta» (*Hb* 4,12-13). Este texto es capital. Es la palabra de Dios mismo, soberana, la que toca el corazón, lo hiere e, hiriéndolo, lo despierta, lo hace sensible y *diorático*. La frecuentación cotidiana de la Palabra de Dios en forma de *lectio divina* constituye el terreno por excelencia del discernimiento. Escuchando asiduamente la Palabra de Dios, cada creyente puede aprender a escuchar a su propio corazón, a percibir un eco de la Palabra que reverbera y resuena en él⁴⁵.

Mirar a través de las cosas, es decir, ver la mano de Dios en los acontecimientos, ir más allá del horizontalismo de las cosas, de la vida, de las actividades, de todo lo que sucede, es propio de la visión teológica, a la que llamaremos "teologalidad". Esta *teologalidad* se hace indispensable para la vida cristiana, es el modo de ver las cosas, el modo auténtico de ver la realidad. Los santos son precisamente estas personas, que con la mirada al cielo tenían los pies firmemente plantados en la tierra. Esta visión teologal es una visión virtuosa, la virtud de la caridad, la virtud de la prudencia y los dones del Espíritu Santo nos conducen hacia la sensibilidad de estar atentos a los impulsos del Espíritu, es decir, nos dirigen hacia el discernimiento espiritual que construye la persona consagrada en una realidad armónica, es decir, feliz, serena y en paz, en medio de las dificultades de la vida y de la vida religiosa.

⁴⁵ A. LOUF, *Generati dallo Spirito. L'accompagnamento spirituale oggi*, 25. (La traducción es mía).

Conclusión

Comenzamos este artículo con la explicación del ábside de la Basílica de San Clemente en Roma, y terminamos ahora con el ejemplo de la basílica⁴⁶ de la Sagrada Familia de Barcelona.

En el punto de encuentro de la nave central y el crucero de este templo, su arquitecto, Antonio Gaudí, quiso insertar una araña de medio centenar de lámparas a través de un enganche, elemento que simboliza la unión entre Jesús y la Iglesia que recibe el Espíritu. De esta manera, la vid que se eleva desde la parte inferior de la cruz se convierte en un candelabro para indicar esta unión (ver *Jn* 15,1, 5ss: «Yo soy la vid verdadera [...] Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanezca conmigo y yo con él, dará mucho fruto. La gloria de mi Padre consiste en llevar mucho fruto y llegar a ser mis discípulos». Vemos que esta vid, llena de frutos, nace al pie de la cruz de Jesús, situada cerca del punto central de la basílica, donde se unen la nave y el crucero. Por esta razón podemos relacionar el “árbol de la cruz”, que da la vida, con el “árbol de la vida” que el libro del Apocalipsis (22,2) coloca “en medio de la plaza” de la nueva Jerusalén. Este árbol da abundantes frutos. Así vemos que el árbol de la vida permanece directamente representado en la parte superior⁴⁷.

De la fachada del Nacimiento en forma de un enorme ciprés. Por su parte, la cruz victoriosa que corona la fachada de la Pasión es símbolo de la vida eterna que procede de la resurrección de Jesús. Hay una relación conceptual entre la cruz y la donación de la vida. Esta relación se expresa en las fachadas del Nacimiento y la Pasión y en el Calvario que se ubicará sobre el altar de la gran basílica⁴⁸.

En la construcción del cristiano, y también de los consagrados y consagradas a Dios, encontramos la presencia de las tres Personas de la Santísima Trinidad, tal como aparece en la obra arquitectónica de la “Sagrada Familia” de Gaudí, el esquema trinitario suele estar presente: Padre, Espíritu Santo e Hijo, en este orden. Este orden particular no es el del Credo ni el de la fórmula litúrgica bautismal, donde encontramos la forma invariable: “Padre, Hijo y Espíritu Santo”. La razón de Gaudí para poner al Espíritu Santo entre el Padre y el Hijo es estrictamente teológica: «El Espíritu Santo permanece en el medio porque es la comunicación entre el Padre y

⁴⁶ «Es mejor llamarla -basílica-, que significa -salón real-, -casa del rey-. El Santo Padre [Benedicto XVI] declaró -basílica- a la Iglesia de la Sagrada Familia durante la solemne ceremonia de su dedicación el 7 de noviembre de 2010» (A. PUIG, *La Sagrada Familia según Gaudí*, El Aleph Editores, Barcelona 2011, 181, nota 9).

⁴⁷ Cf. A. PUIG, *La Sagrada Familia según Gaudí*, 114-115.

⁴⁸ Cf. A. PUIG, *La Sagrada Familia según Gaudí*, 114.

el Hijo». Gaudí sigue las doctrinas trinitarias de la teología cristiana más coherente. Por ejemplo, Ireneo de Lyon afirma que «el Espíritu Santo es la comunicación de Cristo»⁴⁹; y Tomás de Aquino escribe que «el Espíritu Santo es el vínculo del Padre con el Hijo en cuanto que Él es amor»⁵⁰. Por otro lado, es poco probable que Gaudí tuviera en mente en algún momento la cuestión del *Filioque*, es decir, la fórmula introducida en el Credo niceno-constantinopolitano en la época carolingia, según la cual el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Si ese fuera el caso, el Espíritu Santo no ocuparía el segundo lugar.

En un fragmento sin testimonio explícito, Gaudí afirma haciendo referencia a la fachada de la Gloria: «Visión total dentro del pórtico: en el punto más alto, Dios Padre. Abajo, el gran rosetón del Espíritu Santo. Abajo, Jesús, con los instrumentos de la Pasión, juzgando a los hombres»⁵¹.

⁴⁹ SAN IRENEO DE LYON, *Adversus Haereses* 3, 24,1.

⁵⁰ *S.Th.*, I q. 37, a. 1, ad 3.

⁵¹ A. PUIG, *La Sagrada Familia según Gaudí*, 114-115.